

APOSTILLAS A EL LIBRO DE LAS CUATRO TIERRAS

Nelly Perazzo

Como una música ritual que marca sus ritmos dejando margen a la imaginación o al recuerdo.

Como un poema recobrado de voces oscuras perdidas en el tiempo.

El libro de las cuatro tierras, relaciona, adensa, profundiza.

Es el registro de un recorrido, el itinerario inédito y virgen de una memoria, animada por la voluntad de una artista que sabe de las culturas marginales, porque aprendió a amarlas.

Ella captó en las cualidades perdidas o supérstites la necesidad de comunicarse y persistir.

Abrió sus ojos a los paisajes de pampa y desierto, de volcanes y litoral.

Tuvo el oído atento a las voces olvidadas de la tierra.

Escuchó las leyendas y evocaciones, los ruidos peculiares de una naturaleza bravía y feraz, áspera y pródiga.

Prestó la mano que se tiende y reúne, la mano que cava la tierra y la transforma en papel: tierra roja, naranja, gris, negra.

Provocó experiencias que se volvieron vivencias únicas e inolvidables, partes de sí misma para siempre.

Después de haber percibido la riqueza de una dimensión interna plena

de resonancias quiso hacer una devolución a través de una trama tejida pacientemente como los ponchos de Doña Ercilia.

Hizo una red con esos paisajes y esas historias de apacibles, dramáticos, dolorosos, o reivindicatorios recorridos humanos.

Planteó relaciones entre las cosas desde ángulos impensados por nosotros, arrastrados por el vértigo de la vida posmoderna.

Hizo un alto en el camino para mirar de una manera distinta, para recuperar algo, tal vez una sombra, pero una sombra que es raíz y es grito.

Dimensión en la que hombre, paisaje, cultura están unidos visceral e imbricadamente.

Dimensión en la que existe todavía el contacto con la tierra y la madera, la piedra y la rama, el agua de la lluvia y del río, la lana y el cuenco.

Donde la vida se resuelve en términos de cotidianeidad e inmediatez elementales: el alimento, el abrigo, la permanencia, la comunidad.

Donde también están además los mitos perdidos, las leyendas masacradas, el doloroso avasallamiento de las culturas, el poder del más fuerte.

A nosotros, con los ojos opacados por la vida urbana con sus solitaciones y sus urgencias, la autora nos ofrece tomar conciencia de la variedad de nuestra geografía, de nuestra complejidad multicultural.

Nos ofrece acercarnos al Otro y aprender de él, intercambiar experiencias, sentir cuántos son los que aún permanecen ajenos al proyecto nacional totalizante supuestamente integrador pero, en realidad, ajeno a nuestra variedad étnica y a la marginación de ciertos grupos sociales.

Para ello la autora necesitó salir del cuadro, de la pintura. Tampoco le bastaron las instalaciones. Eligió un camino más complejo y más rico.

Soslayó el peligro de las generalizaciones estereotipadas y salió al encuentro de lo que se vive, se palpa, se siente como propio.

Con ello "construyó" un mundo, un discurso de integración de nuestra compleja diversidad.

Y nos ha contado ese proceso.

Como dice Umberto Eco, el autor no debe interpretar pero puede contar porqué y cómo ha escrito.

Y la escritura –por aquello que literatura y mujer están conectadas desde siempre– le dio una posibilidad excepcional de relacionarse con la subjetividad, el cuerpo y el género.

Y si en su pintura evitó la anécdota y cualquier precisión histórica ahora explicita esas historias de confinamiento.

Conservó de su pintura, en cambio, hablar tanto a través de lo que se muestra como de lo que se oculta: no estatizar el pasado, sino dar una visión dinámica y actual; mostrar núcleos existenciales en los cuales –como ha dicho Christine Frérot– "el ámbito del mundo se hace y se deshace".

Y Teresa Pereda encontró en el relato de cuatro historias de cuatro personajes de cuatro tierras, el camino para hacer hablar al silencio.

NELLY PERAZZO

Presidenta de la Academia Nacional de Bellas Artes